

# LA UNIVERSIDAD DE MURCIA PUESTA EN VERSO

JULIÁN GÓMEZ DE MAYA

**Resumen:**

Las presentes páginas ensayan una mirada, que nunca podría ser exhaustiva, sobre la aparición o presencia de la Universidad murciana en diversas composiciones poéticas a lo largo de su ya centenaria historia.

**Palabras-clave:**

Universidad de Murcia, poesía, cultura murciana, historia universitaria.

**Abstract:**

These pages rehearse a look that could never be exhaustive on the occurrence or presence of the Murcia University in various poetic compositions over its centennial history.

**Key-words:**

University of Murcia, poetry, Murcia culture, university history.

A lo largo de este año corriente de 2015 conmemora la Universidad de Murcia su primer centenario: en efecto, tras un par de aventuras decimonónicas — tempranamente frustradas — en procura de un centro murciano de enseñanza superior, las llamadas Universidad Literaria (1840-1841) y Universidad Libre (1869-1874), por fin, en 1914, una nueva campaña orquestada por *El Liberal* de Jara Carrillo lograba concitar los intereses de todas las fuerzas vivas no ya locales, sino, más allá, incluso de las provincias limítrofes, cuajando al cabo la iniciativa en real orden de 23 de marzo de 1915 «estableciendo en Murcia una Universidad de distrito, con territorio jurisdiccional comprensivo de las dos provincias de Murcia y Albacete», que posibilitó ya la apertura, el 7 de octubre, del venidero curso académico.<sup>1</sup> A partir de ahí, vendrían años de ardua supervivencia (hasta cuatro conatos de cierre por el gobierno central se contabilizan, el último mediados los años cuarenta), de transitoriedad profesoral en mérito o a la espera de la cátedra prestigiosa, de peregrinaje estudiantil en busca del aprobado fácil, de traslación de sede también...

La undécima universidad de las contemporáneas españolas en orden a su nacimiento comparece bien pronto en los ámbitos de la poesía: verbigracia, en *El Tiempo* del viernes y 8 de octubre de 1915 que daba la noticia de su puesta en marcha y que, además, acogía bajo el título de «Fastos mayores» los siguientes pareados alejandrinos compuestos por Andrés Sobejano (1890-1969) *con motivo de la inauguración de la Universidad Murciana*:

En su marmóreo tímpano mañana grabaría  
 en áureos caracteres concisa epigrafía:  
 «Hacen grande á la Patria el trabajo y la ciencia».  
 De los siglos famosos bella reminiscencia,  
 un Areópago nuevo la región ilumina,  
 claro fanal que esparce fulgores de doctrina.  
 Por la ciudad entera y el pueblo reclamada  
 la Universidad Murcia recibe alborozada;  
 y su nombre de gloria por ella se henchirá,  
 cual la hidalga Coimbra y la ilustre Alcalá.  
 Salúdanla sus nobles hermanas medioevales,  
 las de rancio abolengo y privilegios reales:  
 serán también en este eternas sus lecciones,  
 sus togas sin mancilla y limpios sus blasones;  
 y en sus amables aulas y en su moderno ambiente  
 ya no bullirá inquieta ni holgará inútilmente  
 la picaresca tuna de manteo y laúd,  
 sino dignas falanges de sabia juventud...

<sup>1</sup> Consúltese, por todos, a Diego Sánchez Jara, *Cómo y por qué nació la Universidad murciana*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1967, *in totum*.

## ENVÍO

Murcia: Atenea surge de entre tus azahares,  
 como nació Afrodita de los azules mares.  
 Alfonso de Castilla, el que te amó sin tasa,  
 hoy siente amargo celo que su tumba rebasa;  
 lo que no te legara, hoy gozas con encanto:  
 él que te dio sus vísceras, no llegó a darte tanto.<sup>2</sup>

Carente, sí, éste que denomina *Areópago nuevo* al saludarlo, *de rancio abolengo y privilegios reales*, muéstrase tan avisado humanista desdeñoso de mitologías, de maquillajes u oropeles vergonzantes,<sup>3</sup> ilusionado tan sólo ante un presente real y en proyección hacia el futuro, lo que sin duda le haría vivir con zozobra, como intelectual, como profesor y como murciano, las crisis exógenas que para el establecimiento estaban por venir. De los cuatro trances de clausura por los que éste pasó (1929, 1932, 1937 y 1943), el primero, el más comprometido —alcanzó la *Gaceta*—,<sup>4</sup> dio ocasión al menos para un par de juguetes con el molde de la rima, como el rotulado «¡Viva la Universidad!» por un tal *Saca-tapón*, sobrenombre que encubriera una parte de las colaboraciones en prensa del unionense Ángel Vergel Cadenas (1902-1965):<sup>5</sup>

El teléfono anoche  
 nos trajo la noticia  
 que a todos nos produjo  
 una honda delicia.  
 Y no era para menos  
 puesto que ya es verdad  
 que Murcia no se queda  
 sin su Universidad.

<sup>2</sup> Andrés Sobejano, «Fastos mayores (Con motivo de la inauguración de la Universidad Murciana.- Octubre-1915)», en *El Tiempo*, n° 2351, V-8-X-1915 (ed. mañ.), pág. 3.

<sup>3</sup> Véanse Julián Gómez de Maya, «Concurrencia al orto universitario de los *studia linguarum* mendicantes», en *Carthaginensia*, n° 29/55, I/VI-2013, págs. 144-150, 168-170; *id.*, «Peñafort, Lulio y la fundación de *studia linguarum* en el albor de las universidades», en Patrizia Castelli/Roberto Greci (eds.), *Santi patroni e Università in Europa*, Bolonia, Clueb, 2013, pp. 217-218, 223-224; *id.*, «La Universidad de Murcia, centenaria», en *Medievo*, n° 21, VI-2014, pág. 8.

<sup>4</sup> Consúltense Recaredo Fernández de Velasco (ed.), *Crónica de la Universidad de Murcia*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1929, págs. III-V, 15-37; Luis Valenciano Gayá, *El rector Loustau y la Universidad de Murcia*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1979, págs. 81-89.

<sup>5</sup> Antonio Crespo Pérez, «Dos siglos y medio de prensa en la ciudad de Murcia (1706-1939)», en Juan González Castaño (coord.), *La prensa local en la Región de Murcia (1706-1939)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pág. 29; *id.*, «Escritores murcianos en la penumbra», en *Murgetana*, n° 117, 2007, págs. 109, 111.

Los hombres que en la Corte  
han luchado por ella,  
esta vez han llevado  
allá su buena estrella  
y el Gobierno ha escuchado  
de Murcia los clamores  
y con esto ha hecho una  
de sus obras mejores.

Desde hoy, nadie en Murcia  
mantendrá el ceño adusto,  
con su Universidad  
Murcia vivirá a gusto,  
y anoche, la alegría  
se desbordó con ganas.  
La Catedral, al vuelo  
de todas sus campanas,  
dijo a Murcia y su vega  
y a las almas murcianas  
con alegres acentos  
la grata novedad.  
¡Desde esta tarde, Murcia  
tiene Universidad!

Ahora debe Murcia  
de todo corazón  
desbordarse en su día  
para ir a la estación  
a recibir a todos  
los que a la Corte han ido  
y luchando por Murcia  
tal cosa han conseguido.

Seamos ante todo  
murcianos de verdad.  
A Murcia se le debe  
nuestra Universidad.<sup>6</sup>

En el mismo periódico y en el mismo número, a nombre de *Emilio el de los Muebles*, alias artístico del reputado panochista Emilio Martínez López (1892-1974),<sup>7</sup> se insertaba un romance dialectal «A mi Primo el de Ribera» que abunda en la celebrada buena nueva:

<sup>6</sup> Saca-tapón, «¡Viva la Universidad!», en *Levante Agrario*, n° 4304, J-19-IX-1929, pág. 1.

<sup>7</sup> Véase Antonio Crespo, «Escritores murcianos en la postguerra española», en *Murgetana*, n° 96,

Cuando estaba en mi barraca  
 escansando de la feria,  
 mi zagal me ice: ¡Paere!  
 Apreciba osté la oreja;  
 paice que s'ollen campanas;  
 argo pasa en Murcia, leña.  
 Es la Nona la que zurre;  
 llámate a la Maripepa,  
 y trae la burra aboa mesmo,  
 que voy pa Murcia a toa priesa.  
 ¿Qué pasa aquí, tío Pozuelos?  
 ¿Qué quién icir las tronaeras  
 y el repique de la torre?  
 Desembuche osté, ¡junema!,  
 que to el cuerpo me reblinca;  
 dígame osté lo que sepa.  
 — Siéntese abora en el banco  
 y ascuche osté, ¡carrucheta!

.....

Su compaere don Luis  
 ayer se marchó por juera  
 a sorventar en Madril  
 que no quitaran la escuela,  
 y en la sisión de Melistros  
 que presíe el de Ribera,  
 desembuchó to el busili  
 nuestro arcarde er de Corvera.  
 Hubo allí tal discusión,  
 tal antusiasmo y tal esa,  
 que dijo er Primo al arcarde:  
 podeis tirar tronaeras,  
 que güestra Universiá  
 quedará en Murcia pa insécula.

Ya está Murcia mu alegre.  
 ¡Viva el Marqués de Corvera!  
 el que ha arreglao to el negocio  
 con mi primo er de Ribera.<sup>8</sup>

La superación de esta hora crítica, como de sus tres réplicas subsiguientes, por fuerza había de revitalizar la institución, pero es que, además, en pleno epicentro de tantas adversidades, la Universidad pudo gozar de otro momento de significado

---

1997, pág. 93.

<sup>8</sup> Emilio el de los Muebles, «A mi Primo el de Ribera», en *Levante Agrario*, n° 4304, J-19-IX-1929, pág. 4.

radicalmente diverso al estrenar con el debido boato la llamaba a convertirse en su sede más característica. El cartagenero Antonio Oliver Belmás (1903-1968), licenciado en Filosofía, dedica uno de sus poemas a «El claustro» en cuanto hallazgo arquitectónico y, sin llegar a la mención, a buen seguro que —reminiscencia de tardíos estudios— uno de los que tenía en la mente al componerlo era el del desamortizado convento de mercedarios —adquirido, andando el tiempo, por los hermanos maristas, quienes al cabo lo enajenan para mudarse cabe el Malecón—, representativo edificio de La Merced al que la Universidad de Murcia trasladara en 1935 su segundo asiento desde las Escuelas Graduadas del Carmen (el primero, hasta 1917, y progresivamente desalojado, el vetusto San Isidoro, colegio que fue de teólogos entre los siglos XVIII y XIX):

El claustro nunca es prisión;  
es aula, clase, convento,  
misticismo, elevación,  
profundidad, sentimiento.

En él hay siempre un rincón  
para el libro amarillento [...].

Arcos de dulce inflexión  
le dan carácter, acento.  
Las columnas, sugestión  
de paz, de recogimiento.<sup>9</sup>

Ya sin recurso a la conjetura, Tomás Albaladejo (1955-) nos lleva a pasear con todo su bagaje de *libros* y *vida* bajo la arcada del «Claustro de la Merced»:

Salir del aula y estar en el claustro  
del convento que ahora es facultad,  
hablar de los libros que leemos,  
Kavafis, Woolf, los Goytisoló,  
del partido de fútbol que jugaremos esta tarde,  
de una cita al salir de la biblioteca,  
colman el momento breve e intenso  
durante meses felizmente repetido.  
Minutos del cambio de clase  
en un presente fuera del tiempo  
que acrecienta la cenestesia  
(somos porque estamos)  
y nos hace palpar la vida.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Antonio Oliver Belmás, «El claustro», *Poesía completa*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1991, pág. 343.

<sup>10</sup> Tomás Albaladejo Mayordomo, «El claustro de la Merced», *No escribir a lápiz*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2006, pág. 16.

Tal es la universidad que ocupan y animan, hasta la puesta en planta de nuevos aularios —y parafraseemos aquí al catedrático cordobés Carlos Clementson Cerezo, nacido en 1944— «[...] allá en la Murcia / de los años sesenta [...] quienes fuimos / en aquella *alma mater* entre huertas»<sup>11</sup> alumnos y profesores, todos los saberes impartidos hasta principios de los cincuenta en torno al emblemático patio mercedario,<sup>12</sup> desgajándose por entonces Ciencias y, con posterioridad —ya segunda mitad de la siguiente década— Letras.

La vieja Universidad  
que hace proyectar su dardo  
ya en los centros de Espinardo,  
de enorme capacidad;  
pues ahora no es, el que estudia,  
el hijo de rica gente,  
sino el listo y diligente  
que el ir a más no repudia.<sup>13</sup>

Con tales redondillas levanta acta José de Jódar Merlos de cómo, a partir de los años ochenta de la pasada centuria, aquel espacio germinal entrará en una —hasta hoy todavía— irrefrenable expansión, substancialmente dentro del extenso campus de Espinardo, pero también merced a otros (El Palmar, San Javier, Lorca) de más mesurada amplitud por su dedicación específica y a numerosas instalaciones dispersas: así, el rectorado se traslada en el año 1987 a lo que fuera la Convalecencia, el hospital para pobres inaugurado, con pocas semanas de diferencia, en el mismo 1915 de la erección universitaria y José Luis Martínez Valero (1941-) medita en «Ventana de la Convalecencia» cómo «Pronto ese edificio / Será otro almacén de datos, / A la orilla del río»,<sup>14</sup> ese edificio a cuya vera «Está la cabeza de Rubén, / Grande y hueca en el jardín. / Desde su pedestal, fauno joven, / Contempla este fin de siglo»...<sup>15</sup> De las cosas a las personas, el catedrático murciano de Lengua Española Estanislao Ramón Trives (1936-) probó a hacer —año 2007— una sinopsis en verso del centenario devenir

<sup>11</sup> Carlos Clementson, «Alma mater (recuerdos y poemas de un tiempo universitario)», en vv. aa., *Celebración de la Universidad: medio siglo de historia personal*, Murcia, Universidad de Murcia/Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia, 2008, pág. 159.

<sup>12</sup> Véanse, v. gr., Juan García Abellán, «Claustro y jardín», en vv. aa., *Funciones y fines del Derecho (estudios en honor del profesor Mariano Hurtado Bautista)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1992, pág. 43; Manuel Martínez Arnaldos, «La jacaranda y los ciclos en la transmisión del saber humanístico», en vv. aa., *Celebración cit.*, pág. 296; y Concepción Sánchez-Pedreño Martínez, «Reflexiones del tiempo pasado», *ibíd.*, pág. 430.

<sup>13</sup> José de Jódar, *¡Murcia, qué hermosa eres!*, Cartagena, Molegar, 1999, pág. 36.

<sup>14</sup> José Luis Martínez Valero, «Ventana de la Convalecencia», *La puerta falsa*, Murcia, Universidad de Murcia, 2002, pág. 26.

<sup>15</sup> Martínez Valero, «Cabeza de Rubén Darío», *La puerta cit.*, pág. 51.

[...] De nuestra Universidad, que no es fábrica de títulos,  
 Pues que hace laborar a entusiastas estudiosos  
 Que dan cima a sus proyectos y nimban año tras año  
 Con sus renovados títulos la Universidad de Murcia,  
 La que todos los murcianos, de adopción o nacimiento,  
 Vamos haciendo entre todos, y admiramos y queremos  
 Como *alma mater* nutricia, nuestro principal sustento.

Don Antonio Ruiz de Elvira y don Mariano Baquero;  
 Guillén, Salinas, Valbuena: tres literatos poetas;  
 Luciano de la Calzada, don Juan Vilá y Valentí;  
 Don Jesús García López, don Manuel Muñoz Cortés;  
 El Doctor de Mergelina y don Cayetano Nieto;  
 Don Ángel González Álvarez y Alonso Muñoz Alonso;  
 Barceló y Juan Torres Fontes, don Luis Rubio y tantos otros  
 Son plural memoria viva de nuestra Universidad.

El Rector don Manuel Batlle y el resto de los Rectores,  
 De Sabater a Lozano, de Antonio Soler a Roca,  
 De Monreal a Ballesta hasta llegar a Cobacho,  
 Han regido los destinos de nuestra Universidad  
 Durante los cincuenta años previos al momento actual.<sup>16</sup>

Con mirada más subjetiva o intimista, muchos han sido quienes tienen recordada la impronta espiritual de alguno de tales u otros enseñantes, como Sobejano, poniendo voz a *la muchedumbre de discípulos*, en su «Ofrenda al maestro y humanista murciano don Andrés Baquero»<sup>17</sup> —el comisario regio que inaugurara la Universidad sin prolongar en ella su dilatado magisterio apenas los pocos meses que de vida le restaban—, o, haciendo lo propio por *los mancebos que se inspiran en tu evocación*, Andrés Bolarín (1890-1974) en su «Oración (por Don Andrés Baquero)»;<sup>18</sup> igual han obrado Clementson con «El maestro», esta vez Mariano Baquero Goyanes, tan prestigioso en la crítica literaria («[...] su palabra / alienta todavía, fecunda, entre las tuyas / discipulares, y cada año regresa, si bien más pobre y torpe entre tus labios, / a restaurar su acento y levantar las claras / lecciones de otros días ante otros

<sup>16</sup> Estanislao Ramón Trives, «Aparición de la reverendísima madre y décima musa sor Juana Inés de la Cruz a un grupo de alumnos del profesor Victorino Polo en las riberas del Segura», *apud* «La Universidad de Murcia y Victorino Polo desde mi personal retrospectiva», en vv. aa., *Celebración* cit., págs. 410-411.

<sup>17</sup> Carlos Clementson, «Alma mater (recuerdos y poemas de un tiempo universitario)», en vv. aa., *Celebración de la Universidad: medio siglo de historia personal*, Murcia, Universidad de Murcia/Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia, 2008, pág. 159.

<sup>18</sup> Andrés Bolarín, «Oración (por Don Andrés Baquero)», *Sinfonía murciana*, Murcia, Muelas, 1977, pág. 58.



tantos jóvenes / menos afortunados que tú fuéraslo antaño»<sup>19</sup> o el asimismo arriba citado Martínez Valero, de primeras alumno y después catedrático, en un particular recuerdo «Al profesor Baquero» recién aludido («Pasó Baquero / Se oye aún decir. / Y lo que quisimos pedirle, / Aquello que mejor hacía / Se fue con él»)<sup>20</sup>; también entran en esta cuenta de nuevo Clementson haciendo presente «A Antonio de Hoyos, maestro y compañero de aquellos días murcianos»,<sup>21</sup> y Francisco Alemán Sainz (1919-1981) homenajeando a su amigo Castillo-Elejabeitia («el enorme Dictinio alto como la copa de la brisa, / mástil de Trapería cubriendo singladuras»)<sup>22</sup> y Dionisia García «Al profesor Muñoz Cortés», filólogo y lingüista («es así, profesor: / como un trozo de vida, de la suya, / ha quedado en mi mente»)<sup>23</sup> y el santomerano José Molina López (1928-), ya que no discípulo, también declarado amigo de Tierno Galván («[...] viejo profesor del alma; profesor de honradez suave, / fabricante de palabras»)<sup>24</sup> y Francisco Botía, galeno, «En memoria de Juan García Abellán», a quien llama *sabio en letras y leyes*,<sup>25</sup> y..., en fin, para no desorbitar la pesquisa, entre los más modernos sirvan de muestra el profesor Ramón Trives al tomar la lira en obsequio «Para Victorino Polo, quien diz que cumple los setenta»,<sup>26</sup> o el lírico agasajo en la pluma de Martínez Gil *Huertano* al sociólogo y rector Juan Monreal («te lanzas a los libros con presteza, / [...] conquistas la sapiencia que perdura»)<sup>27</sup> En otro orden, quién ha recordado al «[...] amigo de las horas insondables / de la universidad»,<sup>28</sup> en este caso Ángel Paniagua (1965-), de Geografía e Historia; quién el brío, el empuje del *sueño adolescente* que Ernesto Miracle (1916-1990), entonces aventajada promesa de abogado, sublima y enfrenta contra todo constreñimiento formativo, «[...] en aquellos pálidos atardeceres, / el cerebro empapelado /

<sup>19</sup> Clementson, “El maestro (a Mariano Baquero Goyanes. *In memoriam*)”, *apud* «Alma mater» cit., pág. 147.

<sup>20</sup> Martínez Valero, «Al profesor Baquero (*in memoriam*)», *La puerta* cit., pág. 37.

<sup>21</sup> Clementson, “Una pequeña Italia (A Antonio de Hoyos, maestro y compañero de aquellos días murcianos)”, *apud* «Alma mater» cit., págs. 148-149.

<sup>22</sup> Francisco Alemán Sainz, «A Dictinio, argonauta», *Los poemas del Narrador*, Murcia, Diputación Provincial de Murcia, 1979, pág. 71.

<sup>23</sup> Dionisia García, «Al profesor Muñoz Cortés», en vv. aa., *Homenaje al prof. Muñoz Cortés*, Murcia, Universidad de Murcia, 1977, v. II, pág. 888.

<sup>24</sup> José Molina López, «¡Hasta siempre, profesor!», *Entre el amanecer y la esperanza*, Santomera, Grafisant, 1988, pág. 62.

<sup>25</sup> Francisco Botía, «En memoria de Juan García Abellán», *Detener el tiempo. Poemas y cantares*, Murcia, La Rosa de Papel, 2013, pág. 115.

<sup>26</sup> Ramón Trives, “Para Victorino Polo, quien diz que cumple los setenta”, *apud* «La Universidad» cit., págs. 410-413.

<sup>27</sup> José Antonio Martínez Gil *Huertano*, «Juan Monreal», *Alféizar (sonetos)*, Murcia, Gracigraf, 1996, pág. 20.

<sup>28</sup> Ángel Paniagua, «Officium defunctorum», *Una canción extranjera*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2004, pág. 42.

de decretos y de leyes»;<sup>29</sup> quién la cotidiana cadencia de las clases que constituyen como la encarnadura del tantas veces áspero aprendizaje..., así Pedro Guerrero Ruiz (1945-), alumno y luego catedrático de Filología, al dejarnos esta imagen en que no falta ese arrollador vitalismo:

Junto a la ventana de la clase toma unos apuntes de Saussure  
y se escapa en el blanco del papel en un privado ejercicio poético:  
[...]  
se escapa de la clase como un adolescente olvidando sus libros  
y la metodología y esa cultura. Y quizás no vuelva nunca, tal vez nunca.<sup>30</sup>

El fragmento pone de relieve otro vínculo de la poesía con el aula, con todas las aulas casi por imperativo ancestral, pero aquí explicitado precisamente en el caso de la universidad murciana, al igual que cuando Víctor Ferrández Obradors, químico y sacerdote, en el trámite de presentar sus primicias líricas *Testimonio y presencia*, evocaba cómo su primer poema «me lo truncó aquel gran sabio que fue D. José Loustau, al expulsarme de su clase de Biología mientras lo estaba componiendo».<sup>31</sup> Inevitablemente, de cuando en cuando, el ejercicio retrospectivo, ante una misma situación, acaba por teñirse de melancolía: «el pupitre, ¡qué lejos se quedó en nuestras vidas!», con mayor dramatismo, el rito epilodal que, enfatizado por Antonio Ortuño Aguilar, se cubre «en los pupitres [...] de la facultad»<sup>32</sup> justo antes de abismarse a perpetuidad en el mundo adulto que a la postre no ofrece sino realidades penosas de confrontar con los anhelos propios o ajenos: «soñaban nuestras tías que fuésemos notarios / y hete aquí que ahora somos profesorales hitos secundarios», ironizará Salvador Pérez Valiente (1919-2005) en su «Brindis para una promoción»...<sup>33</sup> Otras veces, los ojos del espíritu se vuelven al insoslayable estudio, complemento fatal —puestas las miras en pruebas y calificaciones— de la asistencia a clase, como en «Muchacha en el jardín» de Martínez Valero:

Distráida repasabas  
los apuntes  
de un día más  
en curso hacia las horas  
que adolecen de melancolía.  
Luego, para un examen

<sup>29</sup> Ernesto Miracle Bernal, «Tenía razón yo, cuando...», *Antología poética*, Madrid, Poesía Eres Tú, 2013, pág. 88.

<sup>30</sup> Pedro Guerrero, «Poema 5», en vv. aa., *Zauma: primera antología poética*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988, págs. 96-97; otra versión *id.*, *Memoria de la luz*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990, págs. 45-46.

<sup>31</sup> Víctor Ferrández Obradors, *Testimonio y presencia (poemas)*, Cartagena, San Antón, 1985, pág. 9.

<sup>32</sup> Antonio Ortuño Aguilar, «Nuevas rimas», *Poesías (2007-2013)*, Murcia, 2014, Diego Marín, pág. 126.

<sup>33</sup> Salvador Pérez Valiente, «Brindis para una promoción», *Obras completas*, Murcia, Ayuntamiento de Fortuna, 2002, v. II, pág. 327.

memorizabas,  
 donde no constaría  
 que estuviste ahí,  
 sujeta a mi mirada,  
 bajo esta clara luz  
 que diciembre  
 por costumbre, añade.<sup>34</sup>

¿Y no tendrá aquí cabida, entre tales percepciones íntimas, el personalísimo sarcasmo que Miguel Espinosa (1926-1982) aplica a la *Escuela de mandarines* («abajo la reflexión y muera el juicio. / ¡Viva la Feliz Gobernación!»)<sup>35</sup> que, más allá de un título de licenciado —en Derecho—, tanta inspiración y novelable materia le proporcionara?:

Yo soy importante, y tú, un pelagatos;  
 me reúno en claustro y levanto el dedo,  
 unguado como estoy de instituciones;  
 visto de toga, hablo entre susurros,  
 siempre rodeado de estatales misterios.  
 [...]
 ¿Cómo te vas a comparar con un enmucetado?<sup>36</sup>

*Enmucetado y embirretado*, aunque *honoris causa*, el 22 de mayo de 1995 fue investido doctor el actor Francisco Rabal (1926-2001), quien, a modo de lección magistral, al agradecer en el protocolario acto ante la comunidad universitaria tan alta distinción, declamaba, entre otros muchos de su caletre, los siguientes octosílabos romanceados:

La Universidad de Murcia  
 de donde sale la savia  
 que alimenta el pensamiento  
 y ennoblece la palabra,  
 ahora a mí me dignifica  
 al hacerme «Honoris Causa».  
 A mí, sin bachillerato,  
 simplemente autodidacta,  
 seguidor de los poetas,  
 respetando las distancias,  
 amigo de los pintores,

<sup>34</sup> José Luis Martínez Valero, «Muchacha en el jardín», *Poemas*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1982, págs. 70-71.

<sup>35</sup> Miguel Espinosa, «¡Qué gusto da vivir en la Feliz Gobernación!», *Canciones y Decires*, ed. Mercedes Rodríguez/Javier Marín Ceballos, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de la Región de Murcia, 2004, pág. 119.

<sup>36</sup> Miguel Espinosa, «Yo soy importante, y tú, un pelagatos», *Canciones cit.*, págs. 132-133.

de músicas y guitarras,  
de las voces que guiaron  
el túnel de mi ignorancia,  
hoy, aquí ante vosotros,  
siento una emoción extraña  
de querer deciros todo,  
temiendo no decir nada.

[...]

Una tierra como Murcia,  
que a un actor puso una estatua,  
en la hermana Cartagena  
y que Máiquez se llamaba,  
una tierra que no espera  
la muerte para la fama  
y que ennoblece al juglar  
que ríe, llora y que canta,  
tiene una Universidad  
con unas mentes preclaras  
y unas voces ancestrales  
que siento cómo me llaman.  
Quiero entrar muy dentro de ella,  
hasta sus mismas entrañas  
y que la vida, mi esencia,  
mi lucha desesperada,  
por aprender braceando  
con arañazos del alma,  
hoy aprenda la lección  
más emocionante y magna,  
en el aula del cariño,  
su asignatura más cara.<sup>37</sup>

Ya que del *honor* se trata, como honor excelso del que blasonar lleva esta Universidad la buena fortuna de haber acogido en sus cuadros docentes al inspirado Jorge Guillén (1893-1984), sin duda, uno de los profesores —*poeta profesor*, en expresión que él mismo acuñara—<sup>38</sup> de superior renombre entre cuantos la Providencia y la *Gaceta* o, tras la guerra, el *BOE* tuvieron a bien arrojar al seno del *alma mater* surlevantina (sabido es que Pedro Salinas no llegó a tomar posesión de la cátedra que con aquél precisamente permutaba en 1930 por su equivalente sevillana).<sup>39</sup> El

<sup>37</sup> Francisco Rabal Valera, «Palabras leídas en el día 22 de mayo de 1995 en que me concedieron el título de Doctor “Honoris Causa” de la Universidad de Murcia», en *Investidura de Doctor Honoris Causa del Excmo. Sr. D. Francisco Rabal Valera*, Murcia, Universidad de Murcia, 1995, s. p.

<sup>38</sup> Jorge Guillén, «Los poetas profesores», *Homenaje: reunión de vidas*, Milán, All’Insegna del Pesce d’Oro, 1967, pág. 498.

<sup>39</sup> Véase Solita Salinas de Marichal, «Cronología biográfica», en Pedro Salinas, *Poesías completas*,

autor de *Cántico*, *Clamor* y *Homenaje* vivió y trabajó en Murcia durante un trienio poco menos que mítico para la poesía, de 1926 a 1929. Añorada la ciudad en ese «Panorama»<sup>40</sup> de célebres versos («el caserío se extiende / con el reloj de la torre [...]»), que uno sepa, nunca poetizó de algún modo su peripecia en la provinciana universidad, pero su más famoso recuerdo lírico riberas del Segura nos lo dejaba en el que llama *poemilla*, compuesto ya en 1944 y en América, «Calle de la Aurora», con el arco de tal nombre prendido en la nostalgia; y sucede que esta vía de la Aurora circunda cabalmente lo que fue el Alcázar Seguir en donde había germinado siete siglos antes uno de los primeros focos locales de enseñanza superior: el estudio dominico<sup>41</sup> (llegó a contar con cátedras de lenguas auspiciadas por san Raimundo de Peñafort, más otras —lo anota el licenciado Cascales— de Artes y Teología), parejo al de los hermanos franciscos e incluso a la madraza del muslim Al-Ricotí que Alfonso X *el Sabio* quiso poner bajo su regia protección...<sup>42</sup>

Así se llama: calle de la Aurora,  
Puro arco en el medio, cal de color azul,  
Aurora permanente que se asoma  
—Sobre corro o motín— al barrio aquel del Sur,  
Humilde eternidad por calle corta.<sup>43</sup>

Ahora bien, ya en prosa —pero una prosa comoquiera lírica— escribe en 1970 el texto que, bajo título de «Una Murcia», remitirá desde Cambridge para el homenaje a ese férvido animador cultural que fue José Ballester. Sí habla en él de su incorporación a la *juvenil Universidad que presidía el rector Loustau*, esbozándonos apenas su figura en *el docto recinto*, siquiera con el color suficiente para entresacar el fragmento:

Llegué a Murcia el 10 de febrero de 1926. ¡Hermosa ciudad! (Esa fue mi visión.) En efecto, lo era, lo es. [...] No bien llegué a Murcia, me incorporé a la juvenil Universidad que presidía el rector Loustau. En la Universidad las clases y los exámenes me llevaron muchas horas, lo que no impidió el goce de las horas

---

Barcelona, Seix Barral, 1981, pág. 40; también, v. gr., Francisco Javier Díez de Revenga, «Literatura española y Universidad de Murcia», en vv. aa., *Celebración* cit., pág. 173.

<sup>40</sup> Jorge Guillén, «Panorama», *Cántico*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973, pág. 242.

<sup>41</sup> Véanse Francisco Cascales, *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su reino*, Murcia, Francisco Benedito, 1775, pág. 335; *Documentos del siglo XIII*, ed. Juan Torres Fontes, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1969, doc. XXVIII, pág. 26; *Documentos de Alfonso X el Sabio*, ed. Juan Torres Fontes, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1963, doc. XLVIII, pág. 65.

<sup>42</sup> Véanse Antonio Pérez Martín, «Los estudios universitarios en Murcia», en Gian Paolo Brizzi/Jacques Verger (ed.), *Le Università minori in Europa (secoli XV-XIX)*, Sácer, Università degli Studi di Sassari/Rubbettino, 1998, págs. 619-635; Gómez de Maya, «Peñafort» cit., págs. 213-224; *id.*, «Concurrencia» cit., págs. 123-170; *id.*, «La Universidad» cit., págs. 7-11; *id.*, «Amamos nos este regno entre todos los otros: estudios superiores en la Murcia alfonsí», e. p.

<sup>43</sup> Guillén, «Calle de la Aurora», *Cántico* cit., pág. 287; complétese en *id.*, «Una Murcia», en vv. aa., *Homenaje a José Ballester*, Murcia, Hijos de Antonio Zamora, 1972, págs. 29-30.

libres. «*Todo es real* —concluía el 11 de octubre de 1928— y, sin embargo, no cae dentro de la Murcia abstracta, burocrática, administrativa que únicamente reconocen aquí mis compañeros trashumantes». Sedentarios o no, amigos cuya enumeración tiene que ser ahora muy incompleta [...].<sup>44</sup>

Y a la memoria del catedrático vallisoletano acuden entonces no sólo el vicerrector Francisco Candil, compañeros como Gabriel Franco o Mariano Ruiz Funes, *ya en el camino —jurídico— de la Justicia*, sino también alumnos como Julián Calvo, *el mejor en aquellas clases de Literatura Española*, y algún otro más,<sup>45</sup> todo esto antes de volver a perderse —encontrarse— por la calle de la Aurora en que residió su amigo murciano Ballester y cuyas palabras repite: *nuestro arrabal de las almunias, que comenzaría hace un milenio en ese lugar...*; no tanto, pero al menos setecientos cincuenta años atrás sí que por allí afloraban los pioneros brotes educativos en el más alto nivel. Por lo demás, en algún poema revive Guillén en general sus experiencias pedagógicas mediante una *reunión de vidas* que sin disputa ha de conglobar también aquella inicial probatura suya estrenando cátedra en la ciudad segura; así, recrea el asunto con melancólicos acentos un indistinto «Comienzo de curso» (el primero suyo, en Murcia, no otoñizo, sino —*in media res*, febrero de 1926— tan invernal cuanto semejantes latitudes puedan tenerlo):

Ya se doran las hojas, ya las tardes  
 Son lo mejor del día  
 Bajo su luz madura de sosiego,  
 Ya comienza el curso.  
 Aprender, enseñar, lecciones, aulas.

Siempre en octubre comenzaba el año.  
 ¡Y cuántas veces esta luz de otoño  
 Me recordó a Fray Luis:  
 «Ya el tiempo nos convida  
 A los estudios nobles...»!<sup>46</sup>

Por fuerza de costumbre, ha llegado octubre a hacerse mes de aroma estudiantil, conforme lo sutiliza en «Elegía mínima» el *poeta cartero* Francisco Sánchez Bautista (1925-), ni profesor ni alumno, mas sí conspicuo vecino de la ciudad:

La luz pierde su brío en estas tardes  
 tibias y apresuradas, casi súbitas,  
 en que octubre nos mima y nos halaga  
 con su húmedo aliento mientras pone  
 la tropa estudiantil en nuestras calles

<sup>44</sup> Guillén, «Una Murcia» cit., págs. 25-26.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, págs. 26-27.

<sup>46</sup> Jorge Guillén, «Comienzo de curso», *Homenaje* cit., pág. 543.

su alegría vital y su esperanza [...].<sup>47</sup>

También Victorino Polo (1938-), catedrático de Literatura Hispanoamericana, parece transitar en su poema «Magnolia» por similares ámbitos espacio-temporales:

La calle remojada y dulce  
hace correr la lluvia tierna, viva, sonora  
en pequeños riachuelos polícromos,  
irisadas palomas salpicadas  
en torno a las tardes grises  
junto a las puertas verdes del hemicycle,  
bajo los balcones de históricos hierros.<sup>48</sup>

Cerrando el ciclo, Mar de Fondo —pseudónimo de Mar García Treviño, quien estuviera un tiempo matriculada en la señera entidad educativa— atiende al otro extremo del año académico: «en las tascas, rito final de los exámenes: / comienza el verano»,<sup>49</sup> abocado éste asimismo —José Antonio García Sánchez bien lo sabe— a un eterno retorno: «y en las últimas copas / se nos enreda Octubre / como un estudiante borracho»,<sup>50</sup> porque, a la postre y a las malas, siempre quedará, según confiesa Inma Pelegrín, licenciada en Psicología, «no estudiarme el examen / y después rellenarlo a cara o cruz». <sup>51</sup> Martínez Gil *Huertano*, al comenzar los años ochenta, silueteaba la «Plaza del Beato Andrés Imbernón», sita en el lateral de la hoy franciscana —y tan universitaria por su vecindad paredaña, por su acogida también de ciertos actos académicos— iglesia de la Merced:

Sólo uno de los ángulos  
de esta plaza tan severa,  
como recodo tranquilo,  
para charlar se aprovecha,  
y en tertulia vespertina,  
la juventud se concentra  
ante el alegre optimismo  
de una típica taberna.<sup>52</sup>

<sup>47</sup> Francisco Sánchez Bautista, «Elegía mínima», *Del tiempo y la memoria*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1986, pág. 47.

<sup>48</sup> Victorino Polo García, «Magnolia», *Humano vivir*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1982, pág. 65.

<sup>49</sup> Mar de Fondo (Mar García Treviño), «Bolsillos medio llenos», en *Molína*, n° 40, III-2015, pág. 81.

<sup>50</sup> José Antonio García Sánchez, «Canción de esposo», *A escena*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1983, pág. 33.

<sup>51</sup> Inma Pelegrín, «Imprudencia temeraria», *Trapos sucios*, Murcia, Tres Fronteras, 2008, pág. 21.

<sup>52</sup> José Antonio Martínez Gil *Huertano*, «Plaza del Beato Andrés Imbernón», *Por las calles de Murcia: romances y sonetos*, Murcia, Muelas, 1981, pág. 37.

Tertulia vespertina que en no raras jornadas granará entre el aperitivo al mediodía y la salida desinhibidamente nocturna, tal vez —pero ni mucho menos con exclusividad— en esa noche semanal, la de más estudiantil colorido, glosada por Castilla Jiménez al tiempo de su carrera filológica: «la ciudad es jueves de noche y fiesta, / es jueves de ruido y risas, es jueves / de universidad en la calle [...]»...<sup>53</sup> De fijo, a despecho de las prevenciones de Alfonso *el Sabio* amonestando a los escolares «[...] que non anden de noche, mas que finquen asosegados en sus posadas, et puñen de estudiar»,<sup>54</sup> tales son de todas todas gajes de su *oficio* y camino de perfección. En la misma línea, también el medievalista aguileño José García Antón (1915-2010) reserva un recuerdo para otros aditamentos que, de antiguo, circuyen y exornan los estudios:

Cantos de tuna,  
ventanas que se abren.  
Sábado noche.<sup>55</sup>

Sólita de cierto esta otra cita semanal, Matías Sánchez-Carrasco Calabria (1929-1998) la registra sin falta en su «Ciudad del sábado», pasajero espectador, entre la *magia circundante*, de la *ronda juvenil enamorada*,<sup>56</sup> por otro nombre *la picaresca tuna de manteo y laúd*... bullendo inquieta, holgando inútilmente —se dolía Sobejano Alcayna— en perjuicio de *las dignas falanges de sabia juventud*... Cabe retrotraerse, al hilo del tema aflorado, hasta la joven Universidad del rector Loustau, ya hacia el final de su segundo mandato, 1935, cuando el nacido toledano en 1887, de Calzada de Oropesa, Ricardo Pravia Closa, pero con arraigo familiar y afinado en Murcia, bachiller en su Instituto de Segunda Enseñanza y maestro nacional en escuelas de Cartagena, Lorca y Santo Ángel, publica en la capital un trabajo que titula precisamente *La Estudiantina*:

Al compás de un pasodoble  
Marcando gracioso el paso  
La Estudiantina gentil  
Marcha airosa  
Dejando tras sí  
Susurro de besos  
Estela de amores.  
Suenan el rabel sonoro  
La pandereta alegre  
La guitarra morisca

<sup>53</sup> Héctor Castilla Jiménez, «Mar en jueves», en *Creajoven 2000. Premios de literatura*, Murcia, Ayuntamiento de Murcia, 2001, secc. *Poesía*, pág. 11.

<sup>54</sup> *Las Siete Partidas del Rey Don Alfonso el Sabio*, Madrid, Real Academia de la Historia/Imprenta Real, 1807, t. II, pág. 343 (II.31.6).

<sup>55</sup> José García Antón, «Haikús», *Vivencias*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1990, págs. 78-79.

<sup>56</sup> Matías Sánchez-Carrasco, «Ciudad del sábado», *Ciudad al paso*, Murcia, Diputación Provincial de Murcia, 1977, págs. 121-122.



El violín doliente;  
 En armonioso conjunto  
 Tejen, aquí un... ¡suspiro!  
 Allí una... ¡endecha!  
 Allí... ¡ilusiones!  
 En bullicioso tropel  
 La Comparsa escolar  
 Recorre las calles  
 Recogiendo, acá dinero  
 Acullá, un ¡requiebro!  
 En una ventana, una flor  
 En un balcón, una ¡mirada!<sup>57</sup>

Conforme aprecian los compiladores del magno *Cancionero de estudiantes de la tuna*, se trata de un *poema romántico-fantástico*,<sup>58</sup> no ambientado en ninguna población concreta; ahora bien, a lo que se ve amante de la vida escolariega, su artífice es el mismo versificador que, en un *Canto a Murcia* entregado a los tórculos locales el año siguiente, observa cómo

La calle de la Platería  
 En donde el moro arrogante,  
 En otro tiempo lucía  
 [...]  
 Hoy la cruza el estudiante  
 Que requiebra y enamora,  
 A una chica elegante  
 De belleza soñadora.<sup>59</sup>

Parece que la universidad se había asentado con tal fuerza en la sociedad murciana como para sugerir a Pravia Closa la imagen que, costumbrista en la intención, acaba de transmitirnos.<sup>60</sup> Y es que la Universidad se derrama extramuros de su docto recinto, por el barrio marcadamente universitario que le crece en torno y, como en ondas, por la localidad toda, señaladamente y desde siempre, hacia la estación ferroviaria del barrio del Carmen<sup>61</sup> continente otrora —conforme queda apuntado— del organismo académico. Muy popular ayer como hoy, pero en otro tiempo asimismo

<sup>57</sup> Ricardo Pravia Closa, *La Estudiantina*, Murcia, La Papelera Murciana, 1935, s. p.

<sup>58</sup> Antonio Luis Morán Saus *et al.*, *Cancionero de estudiantes de la tuna: el cantar estudiantil de la Edad Media al siglo XX*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pág. 654.

<sup>59</sup> Ricardo Pravia Closa, *Canto a Murcia*, Murcia, La Papelera Murciana, 1936, s. p.

<sup>60</sup> V. gr., véase Jesús Quesada Sanz, «La Universidad del Barrio», en vv. aa., *Artistas murcianos 1920-1936*, Murcia, Galería Chys, 1972, pág. 21.

<sup>61</sup> V. gr., véanse Ignacio Agustí, *Ganas de hablar*, Barcelona, Planeta, 1974, págs. 244-245, 248, 250; o Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, Bruguera, 1981, págs. 149, 158-159, 179; José Mariano González Vidal, «La universidad que yo conocí: retazos del ecuador de un centenario», en *Centum*, n° 1, II-2015, págs. 12-13.

entre los universitarios, discentes y docentes,<sup>62</sup> rememora Ángel Paniagua «el mismo mundo aquel de las mañanas / relajadas, pasando de las clases / para ir al Malecón [...]»,<sup>63</sup> en contraste con *la vida razonable*, y Antonio Torres Bernabeu cómo

Por el cemento del paseo, entre verdes,  
lento camino hacían las parejas,  
mientras la savia  
bermeja de los cuerpos  
de cientos de estudiantes ya de vuelta  
al hogar, la sierpe estremecíamos  
corriendo, atropellando, discutiendo.<sup>64</sup>

Diríase que consubstancial a todo municipio con facultades y cátedras dentro de su núcleo urbano, ese desbordamiento estudiantil no ha dejado de advertirlo, aunque prendida a otras atenciones, Cristina Morano en su contemplación —como residente murciana— de la «Ciudad alimentada con tu nombre»:

Haces tuya la ciudad que habitas  
poniéndola a tus pies con insolencia  
y dejas que la pueblen automóviles,  
que la inunden las lluvias, los turistas  
o los universitarios.<sup>65</sup>

Y quizá esto sí se corresponda ya más con la visión y los deseos de Alfonso X de Castilla allá en su siglo XIII, a quien importaba —compuesta buena porción de esta *Segunda Partida* en la Mursiya arrebatada al moro— que el solaz escolarino, morigerado por prescripción, se acompasase con la vida urbana y aun rebosara de sus contornos: «de buen ayre et de fermosas salidas debe seer la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden vivan sanos, et en él puedan folgar et rescebir placer á la tarde quando se levantaren cansados del estudio [...] Et otrosi decimos que los cibdadanos de aquel logar do fuere fecho el estudio deben mucho honrar et guardar los maestros, et los escolares et todas sus cosas».<sup>66</sup> Alcanza ciertas veces a florecer tanta —o más— poesía entre renglones como entre versos...

<sup>62</sup> V. gr., véanse Quesada Sanz, «La Universidad» cit., p. 21; Ramón Carande, *Personas, libros y lugares*, Ámbito, Valladolid, 1982, pág. 108; Guillén, «Una Murcia» cit., pág. 26; Agustí, *Ganas* cit., pág. 247.

<sup>63</sup> Ángel Paniagua, «La vida razonable», *Bienvenida la noche*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2003, pág. 35.

<sup>64</sup> Antonio Torres Bernabeu, «El Malecón», *Retinas del alma: evocaciones urbanas y sonata en Mar Menor*, Murcia, Universidad de Murcia, 1981, pág. 43.

<sup>65</sup> Cristina Morano, «Ciudad alimentada con tu nombre», *Las rutas del nómada*, Murcia, Universidad de Murcia, 1999, pág. 20.

<sup>66</sup> *Las Siete Partidas* cit., t. II, pág. 340 (II.31.2).